cuando en cuando en gritos agudísimos y en risas desordenadas que daban frío en las venas. Era el santo que vagaba en torno del campamento, llamando sobre nosotros la maldición de Dios. Por la mañana, cuando salimos de la tienda, estaba aún erguido como un espectro delante de su Cuba solitaria, teñida de color de rosa por los primeros rayos del sol, y continuaba maldiciéndonos con voz ronca, agitando los brazos por encima de la cabeza. Yo fuí en busca del cocinero para preguntarle qué pensaba de aquel personaje; pero lo vi tan ocupado, que no me atreví á bromearme con él. Estaba haciendo el café y tenía en torno suyo una multitud impaciente que no le dejaba respirar. Los pinches le hablaban en árabe, Ranni en siciliano, en napolitano el calafate, Hamed en español, y el señor Vincent en francés.—¡Pero si no os entiendo, caras de ahorcados!—gritaba desesperado.—¡Esta es una Babilonia! ¡Dejadme siquiera respirar! ¿Queréis matarme? ¡Oh, qué país, pobre de mí! ¡Todos hablan y ninguno se entiende!

Apenas tomó un poco de aliento, le señalé al santo que continuaba aullando, y le pregunté:—Vamos, ¿qué dices de esas impertinencias?

Alzó la vista hacia la Cuba; miró fijamente al santo algunos momentos, y haciendo un gesto de profundo desprecio, respondió con acento piamontés:—*¡Guardo é passo!*

Y se volvió majestuosamente á su tienda.

KARIA-EL-ABBASSI

Levantado el campo, nos pusimos en camino por el orden de costumbre entre los gritos y los disparos de los doscientos jinetes de Ben-Auda, y llegamos dos horas después á una pequeña corriente de agua que marca el límite del país de los Seffián.

En el momento en que el porta-bandera se volvía para decir:—Este es el río,—salió de improviso de detrás de una quebradura del terreno en la opuesta orilla, una gran multitud de jinetes, en medio de los que se notaba á primera vista la gentil y elegante figura del Gobernador.

Era Bu-Bekr-ben-el-Abbassi, Gobernador de la provincia que se extiende entre la tierra de los Seffián y el gran río Sebu.

La escolta de los Ben-Auda volvió grupas y desapareció; la Embajada vadeó el río y se encontró rodeada de la escolta nueva.

Bu-Bekr-ben-el-Abbassi estrechó con viveza la mano del Embajador, saludó amistosamente á Ducali, su antiguo compañero, y dió la bienvenida á todos los demás con un gesto lleno de majestad y de gracia.

Volvi nos á emprender la marcha.

Ninguno pudo apartar la vista de aquel hombre durante algún tiempo. Era el Gobernador más simpático que habíamos encontrado hasta entonces. Era de mediana estatura, de formas esbeltas, moreno, tenía la mirada penetrante y dulce, la nariz aguileña, bien cortada, una espesa barba negra, y cuando sonreia, enseñaba dos hileras de blanquísimos dientes. Estaba enteramente envuelto en un jáique fino y blanco como la nieve, con la capucha echada sobre el turbante y montaba un caballo negro azabache, con los arreos color azul celeste. Debía ser hombre generoso, apreciado y satisfecho. Y, ó fué un engaño de mi fantasía, ó el aspecto de los doscientos jinetes de Karia-el-Abbassi, reflejaba vagamente la gentileza de su Gobernador. Me parecían caras francas y pacíficas de gentes que hacía muchos años gozaban la gracia milagrosa de un gobierno humano. Y este aspecto y las cabañas que comenzaban á verse en el campo con más frecuencia, y el tiempo sereno, refrescado por un oloroso airecillo, me hicieron formar la ilusión de que aquella provincia era un oasis de prosperidad y de paz en medio del desgraciado Imperio de los Scheriff.

Atravesamos una aldea formada por dos hileras de tiendas de pelo de camello, cerradas con cañas y faginas, con un huertecito al lado, cercado de nopales. Al otro lado de las tiendas, pacían vacas y caballos; delante, en nuestro camino, estaban algunos grupos de niños medio desnudos que habían acudido á vernos; las mujeres y los hombres, cubiertos de trapos, nos contemplaban de detrás de los cercados. Nadie nos mostró los puños, nadie nos maldijo. Apenas salimos de la aldea salieron todos de sus cabañas, y entonces vimos una turba de algunos centenares de mendigos, negros, sucios, atónitos, que nos hicieron el efecto de la población de un cementerio resucitado. Algunos vinieron un rato detrás de nosotros; otros desaparecieron á los pocos momentos detrás de una desigualdad de terreno.

La configuración del país que recorríamos daba lugar á una admirable variedad de efectos pintorescos de la escolta y de la caravana. Era una sucesión de valles profundos, paralelos, formados por grandes ondulaciones del terreno, floridas como jardines. Al pasar de un valle á otro, se perdía de vista á la escolta por algunos instantes; después se veían asomar en la cumbre de una colina, á nuestra espalda, primero las bocas de las espingardas, después los fez y los turbantes, luego las caras, y así sucesivamente las personas y los caballos, como si saliesen del centro de la tierra. Al llegar á una al-

tura veíamos, volviéndonos atrás, caracolear aquellos doscientos caballos en el valle, lleno de humo y del ruido de las descargas, y más lejos, sobre todas las alturas que habíamos dejado á la espalda, caballos, mulas, siervos y soldados que aparecían un momento sobre las crestas, y súbitamente desaparecían como si se precipitasen en un barranco. Vista á través de todos aquellos valles, la caravana parecía interminable y presentaba el aspecto grandioso de un ejército en expedición ó de un pueblo emigrante.

Llegamos finalmente á un pueblo, Karia-el-Abbassi, formado por la casa del Gobernador y un grupo de cabañas y de chozas sombreadas por algunas higueras y olivos salvajes. El Gobernador nos invitó á descansar en su casa y la caravana siguió adelante en busca del sitio designado para acampar.

Atravesamos dos ó tres patios pequeños cerrados por cuatro paredes desnudas, y penetramos en un jardín, al que daba la puerta principal de la casa de Ben-el-Abbassi, una casita blanca, sin ventanas, silenciosa como un convento. El Gobernador había desaparecido. Algunos esclavos mulatos nos hicieron entrar en una habitación blanca, sin otra abertura más que la puerta principal y una puertecilla en un rincón. Había dos lechos, tres colchones blancos y algunos almohadones bordados. ¡Era la primera vez que descansábamos entre cuatro paredes desde que habíamos salido de Tánger! Nos tendimos voluptuosamente en los colchones y estuvimos esperando con viva curiosidad la continuación del espectáculo.

El Gobernador reapareció, envuelto en un blanquísimo jáique que lo cubría desde el turbante hasta los pies; dejó las babuchas amarillas en un rincón y se sentó, con los pies descalzos, en un colchón en medio de Ducali y del Embajador. Los esclavos trajeron vasos de leche y platos de dulce, y el mismo Ben-el-Abbassi hizo el té y lo echó en unas hermosísimas tazas de china, que su criado favorito, que era un joven mulato, fué distribuyendo en derredor una por una. No es posible decir la gracia y la dignidad que en su aspecto y en sus modales tenía aquel, probablemente ignorantísimo, Gobernador de algunes miles de árabes acampados, que acaso no había hablado con cincuenta personas civilizadas en toda su vida. Presentado en el más aristocrático salón de Europa, nadie hubiera tenido motivo para ridiculizar el menor de sus movimientos. Estaba aseado, limpio y perfumado como una odalisca recién salida del baño. A cada movimiento suyo, el jáique dejaba traslucir aquí un poco de azul, allá un poco de anaranjado, todos los colores del traje oculto, que daban deseos de arrancarle el velo para ver qué maravillas tenía debajo, como hacen los chiquillos con los muñecos. Hablaba con dulzura, sonriendo y mirándonos sin apariencia de

curiosidad, como si nos hubiera visto el día anterior. No había salido nunca de Marruecos, decía que vería con gusto nuestros caminos de hierro y nuestros grandes palacios, y sabía que en Italia había tres grandes ciudades que se llamaban Génova, Roma y Venecia. Mientras estaba hablando, se abrió la puertecilla que estaba detrás de él, y asomó la cabeza una niña mulata de diez ó doce años, hija del Gobernador y de una negra; dió una ó dos vueltas á la estancia con sus dos grandes ojos espantados y curiosos, y desapareció. El Gobernador lo notó y se sonrió. Siguió un largo intervalo de silencio. En medio del aposento humeaba el áloe, delante de la puerta estaban algunos esclavos atónitos; detrás de los esclavos surgía un grupo de palmeras, y por detrás de ellas se ostentaba sonriente, sereno y purísimo el cielo de Africa. De pronto y sin saber cómo, quedé profundamente sorprendido de verme en aquel sitio, y pensé en mí mismo, sentado en mi gabinete de Turín, como en otra persona. El Gobernador, poniéndose en pie, me devolvió al sentimiento de la realidad. Apretó á todos la mano, metió los piés en las babuchas, se inclinó con elegancia y desapareció por la puertecita.—Va á llevar noticias á su favorita—dijo uno.—¡Si yo pudiera oir lo que le pregunta!—pensé.—¿Qué son? ¿Cómo son? ¿Cómo hablan? ¿Cómo van vestidos? ¡Oh! ¡déjamelos ver, amor mío, un solo momento por las rendijas de la puerta y te colmaré de caricias!—Y

probablemente cedió el cortés amante, y la bella misteriosa, espiándonos á la salida, exclamó:—¡Allah me asista! ¡Qué espantosas figuras!

Yendo hacia el campamento, que estaba una media milla del palacio del Gobernador, en una meseta cubierta de yerba seca, sentimos por primera vez que nos abrasaba el sol, de tal manera que, como dice Tadino hablando de la plebe milanesa en tiempo de peste, todos comenzamos «á cerrar los dientes y arquear las cejas». ¡Y aún no era más que el 8 de Mayo! ¡Y no estábamos todavía á cien millas de distancia de la costa del Mediterráneo! ¡Y teníamos que atravesar la gran llanura del Sebú!

A pesar del calor, el campamento de Karia-el-Abbassi estuvo animado, á la tarde, por gran concurrencia de gente. En una parte, una larga fila de árabes, sentados en tierra, presenciaban las cargas de los jinetes de la escolta; en la opuesta, otros árabes jugaban á la pelota; un poco más lejos, un grupo de mujeres envueltas en toscos jáiques nos miraban con estupor, gesticulando entre ellas, y andaban por todas partes turbas de chicuelos. El pueblo de Ben-el-Abbasi parecía verdaderamente menos salvaje que sus vecinos del Garb.

Biseo y yo nos acercamos á los jugadores, que apenas nos vieron cesaron de jugar, se consultaron unos á otros y comenzaron de nuevo. Eran quince ó veinte, la mayor parte jóvenes, altos, anchos y

nervudos, que no llevaban encima más que la camisa atada á la cintura y un manto de tela sucia y grosera, sujeto á la cabeza como un jáique. Jugaban de otra manera que los que habíamos visto en Tánger. Uno de ellos arrojaba á gran altura la pelota de un puntapié; todos los demás trataban de cogerla en el aire lo más alta posible, dando saltos grandísimos en dirección vertical; y el que llegaba á cogerla la echaba á su vez al aire. Sucedía con frecuencia que en aquel barullo, uno de los más robustos, al caer, arrastraba en su caída á algunos otros y éstos á los que quedaban, y entonces rodaban largo espacio todos juntos, pataleando y riéndose, sin dárseles un ardite de lo que enseñaban al sol. Más de uno al rodar dejó ver un puñal corvo atado á la cintura, y otros una bolsita colgada al cuello, que contendría probablemente algún versículo del Korán para preservarse de la tiña. Una vez cayó la pelota á mis pies y se me ocurrió una idea. La cogí, la puse en la palma de la mano, hice con la otra dos ó tres gestos de nigromante y la volví á lanzar. Ninguno de los jugadores osó recogerla por algunos momentos. Se acercaron, la miraron, la tocaron con el pie, dando muestras de desconfianza; y sólo después de haberme visto reir y hacerles señas de que todo había sido una broma, el más atrevido la recogió y volvió á echársela á sus compañeros.

Entretanto, todos los chiquillos que corrían por

allí nos habían rodeado. Serían como cincuenta, y por toda la ropa que tenían encima no habría ningún trapero que ofreciese cincuenta céntimos. Algunos eran bellísimos, muchos tiñosos, la mayor parte de color de café, y algunos así entre verdes y amarillos, de modo que parecían teñidos de sustancias vegetales. Varios de ellos tenían trenza como los chinos. Al principio estaban escondidos á una decena de pasos, cambiando entre sí sus observaciones en voz baja y mirándonos con aire sospechoso. Después, viendo que no hacíamos ningún ademán hostil, se acercaron poco á poco, hasta casi tocarnos, y comenzaron á ponerse en la punta de los piés, á bajarse y á volverse á un lado y á otro para vernos bien por todas partes como si estuvieran alrededor de dos estatuas. Nosotros dos, inmóviles. Uno tocó un zapato con la punta del dedo y retiró á escape la mano como si se hubiera abrasado; otro me olfateó una manga. Estábamos acorralados, sentíamos toda clase de olores exóticos, y ya parecía que nos bullía algo encima.—Vamos—le dije á Biseo—ya es tiempo de libertarnos.—Yo tengo un medio infalible—contestó. Y diciendo y haciendo, sacó bruscamente el álbum y el lápiz y se puso en actitud de copiar una de aquellas caras. En un abrir y cerrar de ojos se dispersaron todos como una bandada de pájaros.

Poco después se los acercaron algunas mujeres. —¡Qué milagro!—dijimos nosotros.— ¡Puede que

vengan á darnos una puñalada en nombre de Mahoma!—Y nos pusimos sobre aviso. Eran, por el contrario, pobres enfermas, débiles, que apenas tenían fuerzas para sostenerse en pie y para tener el brazo en alto, cubriéndose el rostro con el jáique; entre ellas venía una jóven llorando tanto, que daba compasión, y no enseñando más que un ojo azul empañado de lágrimas. Comprendí que buscaban al médico y les enseñé á donde debian ir. Una de ellas, explicándose por señas, me preguntó si se pagaba. Respondí que no. Entonces se acercaron vacilando á la tienda del médico. Quise asistir á la consulta. El señor Miguerez preguntó en árabe á la primera que llegó:—¿Qué es lo que siente?—Un gran dolor aquí,—contestó señalando un hombro.—¿Qué es lo que tiene?—(No recuerdo lo que contestó.)—Es preciso que yo lo vea,—dijo el médico;—descúbrase un instante.—La mujer no se movió. ¡Esto sí que es grande! Tengo una cosa aquí, más arriba, más abajo, en este lado, en el otro; pero ninguna quiere, aunque tenga noventa años, dejarse ver, y todas pretenden que adivine el médico.—¡Vaya!—volvió á preguntar Miguerez,—¿quiere descubrirse?—La mujer sin moverse.—Ya que así lo quiere, vamos á ver á las demás.—Y interrogó á las otras, mientras aquélla se alejaba llena de tristeza. Las otras no tenían necesidad de descubrirse; el médico distribuyó píldoras y polvos y las envió con Dios. ¡Pobres criaturas! Acaso ninguna de ellas llegaba á los

treinta años y ya había concluido la juventud para todas, y con la conclusión de la juventud, habian comenzado las fatigas sin cuento, los tratamientos brutales y el desprecio, que hacen horrible la vejez de la mujer árabe, instrumento de placer hasta los veinte años, bestia de carga hasta la muerte.

La comida se animó con una visita de Ben-el-Abbassi, y la noche fué toledana, á causa de una espantosa invasión de insectos

Ya en las horas calurosas del día había yo augurado mal del bullicio extraordinario que se notaba entre la yerba. Las hormigas formaban larguísimas bandas negras, los escarabajos andaban á montones, las langostas como las moscas de espesas, y con éstos gran número de otros insectos nunca vistos en los otros campamentos y que me inspiraban poquísima confianza. El capitán Di-Boccard, intendente de entomología, iba haciendo la nomenclatura. Había entre otros, la *Cicindela campestris*, trampa viviente que cierra con su gran cabeza su agujero, y bajándose, hace caer en él á los incautos insectos que pasan por encima; el *Pherosophus Africanus*, que lanza por el ano, contra el enemigo que le persigue, una bocanada de vapores corrosivos; la *Meloe majalis*, que arrastra con gran trabajo, como un hidrópico, su enorme abdomen lleno de yerbas y de huevos; el *Carabus rugosus*, la *Pimelia scabrosa*, la *Cetonia opaca* y el *Cossyphus hoffmanteggi*, hoja animada, de la cual Vic-

tor Hugo haría una descripción fantástica capaz de helar los huesos. Además, un gran número de lagartos, de arañas, de ciempiés de un palmo de largo, grillos del tamaño del pulgar y chinches verdes del tamaño de una pieza de cinco céntimos, iban y venian como si se preparasen de común acuerdo á una empresa guerrera. Como si no bastase esto, apenas me senté á la mesa, y cuando extendía la mano para echarme de beber, había visto meter la cabeza en mi vaso á una descomunal langosta, que en vez de volar cuando la quise espantar, se puso á mirarme con inaudita impertinencia. Por último, para colmo de sustos, cuando nos levantábamos de la mesa, apareció el criado Hamed con el color del que ha corrido un gran peligro, y nos puso delante de los ojos, clavada en un palito, nada menos que una tarántula, una *lycosa tarentula*, la terrible araña, que *cuando pica á un hombre*—decía él—¡Allah nos libre! El desgraciado se pone á saltar, á cantar, á llorar y á reir, sin que haya quien lo cure más que una buena música, pero buena, la banda del Sultán. Ahora, figúrese el lector con qué ánimos me fui á dormir. Con todo, mis tres compañeros y yo llevábamos algunos minutos en la cama, habíamos apagado la luz y cesado de hablar, y nada sentíamos. Pero fué una alegría pasajera. De repente, el comandante se sentó en su cama de un salto y gritó:—¡Estoy poblado!—Entonces todos nosotros comenzamos á sentir alguna cosa. Durante algún

tiempo no hubo sino contactos furtivos, picaduras tímidas, punzadas, pequeñas provocaciones de exploradores y de avanzadas de las que se podía no hacer caso; pero bien pronto entraron en acción las grandes masas, y entonces se hizo necesaria una vigosa resistencia ofensiva. La lucha fué feroz. Cuanto más peleábamos, más numerosos eran los agresores. Salian de la cabecera, subian de los pies y bajaban de lo alto de la tienda. Parecía que daban asaltos arreglados á un vasto plan extratégico de algún insectazo de ingenio. Era evidentemente una guerra de religión. En breve no fuimos capaces de resistir.—¡La luz!—gritó el Vicecónsul. Saltamos los cuatro á tierra, encendimos la luz y comenzó el estrago. A la soldadesca la matábamos sin miramientos; los jefes, los gordos, clasificados primero por el capitán y juzgados por el comandante, eran quemados por el Vicecónsul, y yo les hacía el elogio fúnebre en prosa y en versos sueltos, que se publicarán después de mi muerte. En poco tiempo, el campo quedó sembrado de alas, de garras, de patas, de cabezas; los que pudieron se dispersaron, y nosotros, cansados de la matanza, después de habernos nombrado recíprocamente caballeros de varias órdenes, reclinamos la cabeza en la almohada. ¡Pero qué ruido! ¡Qué loca alegría, á pesar de no ser ya niños, y qué risotadas nos brotaban del fondo y hacian bien al alma y al cuerpo!

A la mañana siguiente, al salir el sol, el Gober-

nador Ben-el-Abbassi se presentó al Embajador para acompañarle hasta los límites de su provincia.

Apenas hubimos bajado de la meseta del campamento, se desplegó ante nuestros ojos el inmenso horizonte de la llanura del Sebú.

Este río, uno de los mayores del Maghreb, baja de la ladera oriental de la cadena de montañas que se extiende desde el alto Atlas al Estrecho de Gibraltar, y después de un curso de doscientos cuarenta kilómetros, engrosado por muchos afluentes, va á desaguar, describiendo un gran arco, en el Océano Atlántico, cerca de Mehedia, donde el amontonamiento de las arenas, propio de las embocaduras de casi todos los ríos marroquíes de aquella vertiente, impide la entrada de los buques y produce grandes inundaciones en el tiempo de las crecidas. El valle de este río, que abraza en su abertura todo el espacio comprendido entre las dos ciudades de Larache y Galé, y toca en su extremidad superior á las altas fuentes del Muluya (el gran río que marca el confín oriental del Maghreb), abre á los europeos por el litoral y por Teza el camino de la ciudad de Fez; comprende, además de Fez, la gran ciudad de Mequinez, tercera capital; reune, puede decirse, toda la vida política del Imperio, y el principal asiento de la riqueza y de la fuerza de los Scheriff. El Sebú (particularidad digna de notarse), señala por la parte del Norte el límite que los Sultanes no atraviesan más que en caso de guerra,

porque están al Sur del río las tres ciudades de Fez, Mequinez y Marruecos, en las que habitan alternativamente, y la doble ciudad de Salé-Rabbat, por donde pasan para ir de Fez á Marruecos. Dan esta vuelta para no tener que atravesar la cadena de montañas que cierra por el Mediodía el valle del Sebú, cuya vertiente está habitada por la tribu de los Zair, de raza berberisca mezclada y que tienen fama de ser, con los Beni-Mitir, los más turbulentos é indómitos habitantes de aquellos montes.

Después de andar una hora llegamos al Sebú, que me pareció el Tiber en la campiña romana.

En aquel punto era de color de cieno, rápido, hondo, encajonado entre dos altísimas márgenes, casi verticales, áridas, al pie de las cuales se extendían dos zonas de terreno fangoso.

Dos barcazas antidiluvianas, movidas á remo por diez árabes, se acercaban á nuestra orilla.

Bastarían aquellas barcazas, á falta de otra cosa, para dar á entender lo que es Marruecos. Hace cientos de años, Sultanes, Pachás, caravanas y Embajadas pasan el río sobre dos armatostes de aquella especie, con los pies metidos en el agua y en el lodo, algunas veces con peligro de hundirse; y cuando, como sucede muchísimas veces, las barcazas están averiadas, caravanas y Embajadas y Sultanes y Pachás esperan que los barqueros hayan tapado los boquetes con fango ó de otro modo, algunas veces durante dos ó tres horas, al sol ó á la

lluvia; y hace cientos de años que los caballos, los camellos y los mulos, por falta de un pedazo de tabla de dos metros de largo, se exponen á romperse las piernas, y se las rompen, al saltar á las barcazas desde la orilla; y nadie ha pensado jamás en construir un puente de barcas, y á nadie se le ha ocurrido traer á una orilla una tabla de dos metros; y el que reprende á aquellas gentes por la falta de una de estas cosas, es mirado con aire de profundo estupor como si les echase en cara no haber hecho un milagro. En muchos sitios se atraviesan los ríos en balsas de cañas, y los ejércitos los pasan, por lo común, por puentes flotantes, hechos con odres hinchados y cubiertos de ramas y de tierra.

Desmontamos todos y bajamos por un áspero sendero hasta orilla.

La primera barca, dando dos ó tres grandes vueltas para evitar las corrientes y los remolinos, nos condujo á la orilla opuesta á todos los italianos, y desde allí presenciamos el paso de la caravana entera.

¡Qué extraño cuadro! Ahora mismo lo estoy viendo en el momento de su mayor viveza. En el centro del río se desliza una gabarra llena de camellos y moros de una caravana mercantil, y un poco más lejos otra que conduce los ginetes y los caballos de la escolta de Fez, en medio de los cuales ondea la bandera de Mahoma, y se distingue el rostro negro y el turbante de muselina del Caid. Al

otro lado del río, en medio de una gran confusión de caballos, de mulas, de siervos y de cajas, que ocupan gran espacio de la orilla, blanquea la gentil figura del Gobernador Ben-el-Abbassi, sentado en un relieve del terreno, en medio de sus oficiales, á la sombra de su caballo negro con la silla azul celeste. En lo alto de la margen, que parece la muralla de una fortaleza, detrás de una larga fila de árabes del campo, sentados en el borde con las piernas colgando, están desplegados los doscientos jinetes del Gobernador, que vistos así en lo alto, destacándose sobre el fondo azul del cielo, presentan el aspecto de doscientos jigantes. Algunos siervos negros se mojan y se remojan en agua, chapuzándose y gritando. Algunos árabes lavan sus harapos en la orilla, á uso morisco, con movimientos de muñeca. Otros atraviesan el río á nado. Sobre nuestras cabezas pasan bandadas de cigüeñas; á lo lejos se levanta una columna de humo de un grupo de tiendas de beduinos; los barqueros cantan una plegaria al Profeta por el buen éxito de la empresa; las aguas lanzan centellas de oro, y Selam, erguido diez pasos delante de nosotros, con su famoso caftan, hace en este cuadro brillantísimo el efecto de la más armoniosa pincelada roja que puede imaginar un pintor.

El tránsito duró algunas horas, y según iba pasando, iba poniéndose otra vez en camino la caravana.

Cuando los últimos caballos estuvieron en la orilla izquierda, el Gobernador Ben-el-Abbassi volvió á montar y reunió á sus soldados en la opuesta margen.

En el momento de partir, el Embajador y todos nosotros saludamos con la mano.

La escolta de Karia-el-Abbassi respondió con una tempestad de descargas y desapareció; pero durante algunos momentos vimos todavía entre el humo la hermosa figura blanca del Gobernador, enhiesta sobre los estribos, con el brazo tendido hacia nosotros en señal de buen presagio y despedida.

Acompañados solamente por la escolta de Fez, nos internamos en la tierra de los Beni-Hassen, tristemente famosa.

BENI-HASSEN

Más de una hora caminamos por entre altísimos sembrados de cebada, de los que sobresalía acá y allá una tienda negra, una cabeza de camello ó una nubecilla de humo. Los escorpiones, las culebras y los lagartos corrían por los senderos por donde pasábamos. En aquel breve tiempo había calentado el sol las sillas de tal modo, que casi no se podía poner la mano encima. La luz nos ofendía los ojos, la polvareda nos sofocaba; todos callábamos. La llanura que se extendía delante de mí como un océano, me daba cierto espanto como si debiera caminar eternamente; pero la curiosidad de ver de cerca aquellos fieros Beni-Hassen, de los que tanto había oído hablar, me reanimaba.—¿Qué clase de gente son?—pregunté á un intérprete.—Ladrones y asesinos—me contestó;—caras del otro mundo, la peor casta de Marruecos.—Yo investigaba con ansia el horizonte.